

destruido con el espíritu de ciertos hombres, y puso grande esmero en demostrar que nunca se le había vencido sobre el campo de batalla, lo cual era exacto, y que, si había perdido cañones, fué por causa del frío que, matando los caballos, destruyó el único medio de transportar la artillería. Mientras hablaba de este modo, paseándose con agitación extremada, encontró y echó con el pie á un rincón del cuarto su sombrero que había quedado en el suelo. En las idas y venidas de esta larga entrevista, volvió á la idea fundamental de su discurso, de que el Austria, á la cual tantas veces absolvió de las penas de que se había hecho merecedora, á la cual había pedido por esposa una archiduquesa, falta enorme por su parte, según decía, aún osaba declararle la guerra, menospreciando tantos buenos procederes. «Falta, replicó Mr. de Metternich, para Napoleón conquistador, aunque no para Napoleón político y fundador del imperio» «Falta ó no, interrumpió Napoleón, me queréis declarar la guerra. Sea en buen hora. ¿Cuáles son vuestros recursos? ¿Habláis de doscientos mil hombres en Bohemia, y pretendéis que dé crédito á fábulas semejantes? Cien mil tendréis á lo sumo, y sostengo que éstos se reducirán á ochenta mil en línea probablemente.» En esto condujo á Mr. de Metternich á su gabinete de trabajo, le enseñó sus notas y sus mapas, y le dijo que Mr. de Narbonne había cubierto el Austria de espías suyos, y que en vano se intentaría asustarle con quimeras; que ni cien mil hombres tenían en Bohemia los austriacos... Trescientos cincuenta mil hombres propalaban éstos que tenían sobre las armas, cien mil en el camino de Italia, cincuenta mil en Baviera y doscientos mil en Bohemia. Tales eran los decires de hombres no acostumbrados á cálculos de esta especie, é ignorantes de que si Austria contaba trescientos cincuenta mil hombres en sus listas, sólo tendría doscientos mil á lo sumo en el fuego, por ejemplo, treinta mil en el camino de Italia, cincuenta mil en Baviera, ciento ó ciento veinte mil en Bohemia. Con la experiencia que Napoleón tenía de los desengaños que se sufren en la guerra bajo el aspecto de los guarismos, trató á la ligera las aserciones de Mr. de Metternich, que, ajeno á la administración militar, no podía justificar lo bastante. Dejando este asunto, sobre el cual no era fácil entenderse, dijo Napoleón al ministro austriaco: «Por lo demás, no os mezcléis en esta disputa, en la cual corréis muchos peligros y se os presentan muy escasas ventajas; manteneos aparte. ¿Queréis la Iliria? Pues bien, os la cedo; pero sed neutrales, y me batiré á vuestro lado y sin vosotros. La paz que deseáis proporcionar á Europa se la daré yo de seguro y equitativamente para todos. Pero la paz que aspiráis á celebrar por virtud de vuestra mediación, es una paz impuesta, que me hace representar á los ojos del mundo el papel de un vencido á quien se dicta la ley... la ley cuando acabo de alcanzar dos victorias brillantes.» Mr. de Metternich tornó á la idea de la mediación, de la cual no podía apartarse, esforzóse por presentarla, no como una coacción que se tratara de hacer sufrir á Napoleón, sino como una intervención oficiosa de un aliado, de un amigo, de un padre, que, luego que se conocieran las condiciones propuestas, sin duda figuraría á juicio del mundo como parcialísimo á favor de su yerno. «¡Ah, persistís, exclamó Napoleón con ira, queréis siempre

darme la ley!.. ¡Pues bien, sea la guerra!.. Pero hasta la vista, en Viena» (1).

Esta memorable entrevista, que no decidió la cuestión de la paz y de la guerra, según se verá muy pronto, pero que hizo estallar las disposiciones interiores de Napoleón de una manera tan oportuna, duró de cinco á seis horas. Al terminarse casi era de noche, hasta el extremo de que ninguno de los dos interlocutores podía apenas distinguir las facciones del otro. No queriendo Napoleón separarse reñido de Mr. de Metternich, á la despedida le señaló otra cita para los días siguientes. Lo largo de la entrevista dió mucho en qué pensar á los que frecuentaban la antecámara imperial. Aún era mayor la ansiedad de los semblantes que cuando Mr. de Metternich había entrado. Acudiendo el mayor general Berthier para saber algo de lo acontecido, preguntó á Mr. de Metternich si estaba contento del emperador, á lo cual respondió el ministro austriaco: «Sí, estoy contento de él, porque ha ilustrado mi conciencia, y os juro que vuestro soberano ha perdido el juicio.»

No fué la violencia de tal entrevista lo que á la sazón hizo más daño á los negocios del imperio, sino la triste convicción que debía Napoleón haber dejado en el ánimo de Mr. de Metternich de que nunca aceptaría las moderadísimas condiciones en que se había encerrado el Austria. No obstante, por fortuna, cifrando Mr. de Metternich su gloria y su seguridad en obtener por la paz las condiciones que creía indispensables, era hombre para sacrificar á la política el orgullo, y para no acalorarse mientras quedara una eventualidad de salir airoso. Así Napoleón podía soltar la rienda á su enojo, con tal que se viniera á la razón á última hora y aceptara la paz aún tan prodigiosamente hermosa que se le brindaba. Disposición había á perdonar las explosiones de su carácter á su genio y á su poderío, y hasta de buen grado se tolerara una ofensa á trueque de un gran resultado. Además, cuando se sufría por causa de su humor impetuoso, pronto se lograba el resarcimiento, pues apenas daba vado á sus pasiones, sentía sonrojo, volvía en su acuerdo al punto y se apresuraba á acariciar á aquellos á quienes más había ofendido, y les prodigaba

(1) Esta célebre entrevista es de todas aquellas en que Napoleón ha figurado personalmente, la más difícil de reproducir por falta de documentos bastantes. Respecto de las otras entrevistas de Napoleón, de que ya se ha dado cuenta en la presente historia, existían documentos numerosos, ora en nuestros archivos diplomáticos, ora en los archivos diplomáticos extranjeros: al contrario sucede respecto de la que nos ocupa ahora, pues no habiendo Napoleón dirigido nada sobre ella á sus agentes exteriores, falta uno de los medios de información más seguros. Se contenta con hablar de ella á Mr. de Basano, quien más tarde fué autor de versiones publicadas por diferentes escritores con los cuales se hallaba ligado. De consiguiente casi fuera desconocida esta entrevista memorable, si el mismo Mr. de Metternich no hubiera escrito al pormenor y en tiempo útil sus particularidades. Habiendo alcanzado de su benevolencia la relación ésta, que me ha parecido muy severa para Napoleón, si bien generalmente exacta, he conservado en cuanto se acaba de leer todo lo que me ha parecido incontestable, según el conocimiento que tenía de las negociaciones del momento, y según las otras relaciones publicadas por los escritores, á quienes Mr. de Basano había comunicado sus recuerdos. Lo mismo que en todas las ocasiones semejantes, sólo he conservado lo que juzgo como al abrigo de toda disputa. Además, lo incontestable se me figura muy suficiente para dar de esta escena histórica una idea que reuna las circunstancias de exacta y completa. (N. del A.)

las seducciones para que olvidaran sus extravíos. Antes de mucho debía suministrar un nuevo ejemplo de esta situación que bosquejamos.

Apenas separado del ministro de Austria, ya se dolía de haberse abandonado tan por extremo á su natural arrebató, no alcanzando de esta entrevista nada de lo que se había prometido. Lejos de penetrar los secretos del ministro austriaco, le reveló los suyos, dejándole ver la tenacidad invencible de su orgullo, y perjudicó á su principal objeto, el de la prórroga del armisticio, mostrando que éste no conduciría á la paz hartó á las claras. Así inmediatamente ordenó á Mr. de Basano que corriera en busca de Mr. de Metternich, y le hablara del objeto especial de que no había dicho gran cosa en la entrevista, esto es, de la mediación austriaca, de su forma, de sus condiciones, del plazo en que debería ser ejercida. Por el lenguaje de Napoleón hasta pudo creer Mr. de Metternich que la rehusaba. Para destruir esta idea tuvo orden Mr. de Basano de emprender de acuerdo con Mr. de Metternich la redacción de un convenio relativo á los términos de la mediación, cosa que probaría al ministro austriaco que, á pesar de los arrebatos de Napoleón, no estaba perdido todo, y que no estaba definitivamente fija en la mente del gobierno francés la resolución de desechar todo arbitraje pacífico.

Con efecto, el día siguiente fué dedicado por MM. de Metternich y de Basano á debatir la cuestión de la mediación, y nada se dijo del tratado de alianza, después de la torpeza de suministrar al Austria el medio de desprenderse artículo por artículo de ella, y no valiendo sus tristes vestigios la pena de irritarse para salvarlos. De la mediación se habló tan sólo, de la manera de ejercerla, de los sentimientos que animarían al Austria respecto de Francia. Mr. de Metternich renovó la seguridad de una mediación esencialmente parcial en favor nuestro, si bien pareció insistir mucho en la forma, que constituía el mediador en conducto único de las partes contratantes. Se ensayó la redacción del convenio, sin que lograran estar acordes, pues Mr. de Basano quería sobrecargarlo de precauciones que Mr. de Metternich hallaba embarazosas, pero sus pormenores fueron discutidos sin acrimonia y en el tono de gentes dispuestas á entenderse. Todo se pasó á Napoleón, con quien debió Mr. de Metternich tener una nueva entrevista el 30 de junio para zanjar las últimas dificultades.

Con efecto, el 30 volvió á ver Mr. de Metternich á Napoleón en unión de Mr. de Basano, y hallóle mudado del todo, á semejanza de un cielo despejado por la tormenta. Se encontraba expansivo, jovial y lleno de un arrepentimiento amable. «¿Persistís en haceros el malo con nosotros?», preguntó á Mr. de Metternich con familiaridad graciosa. Seguidamente y de manos de Mr. de Basano tomó el proyecto de convenio, del cual ya conocía los puntos sujetos á dificultades, y se puso á leer un artículo tras otro; á cada uno de ellos, como si fuera del partido de Mr. de Metternich, decía: «Pero esto no tiene sentido común;» sin cuidarse del amor propio de su ministro, y pareciendo casi siempre que abundaba en las ideas del diplomático austriaco. Dirigiéndose acto continuo á Mr. de Basano, le dijo: «Sentaos y escribid;» y dictó un proyectó sencillo, claro y sin ambages, como era capaz de hacerlo. Terminada esta redacción, que orillaba todas las dificultades, preguntó á Mr. de Met-

ternich: «¿Os conviene este proyecto? Sí, señor, respondió el diplomático ilustre, excepto algunas expresiones.

— ¿Cuáles?», volvió á preguntar Napoleón. Habiéndolas indicado Mr. de Metternich, variólas Napoleón á entera satisfacción de su interlocutor, esmerándose por complacerle en todo. Finalmente, acordado este proyecto, donde se declaraba que el emperador de Austria, con el deseo y la esperanza de restablecer la paz al menos en los Estados del continente, ofrecía la mediación al emperador Napoleón, que el emperador Napoleón la aceptaba, y que los plenipotenciarios de las diversas potencias se reunirían en Praga el 5 de julio lo más tarde, dijo Napoleón á Mr. de Metternich, siempre en el tono más halagüeño: «Pero esto no basta, necesito una prórroga del armisticio... A la verdad, ¿cómo es posible terminar del 5 al 20 de julio una negociación que debe abarcar los intereses de todo el mundo, y que exigiría años si se hubieran de arreglar bien todas las dificultades?» Efectivamente, la pregunta era embarazosa, aunque, teniendo voluntad decidida, algunas horas bastaran para entenderse acerca de los puntos más importantes. Pero á primera vista la pregunta no admitía otra respuesta que un asentimiento. Vencido Mr. de Metternich por todas las condescendencias de aquel día, no propendía á comprometer la mediación, á la cual daba tanto precio, por algunos días de más ó de menos en la duración de las negociaciones. Respondió que esperaba conseguir que los rusos y los prusianos asintieran á la prórroga pedida, por más que estuviesen convencidos de que el armisticio, perjudicial para ellos, sólo era útil á Francia, y no disputó más que sobre la extensión de la prórroga ésta. Napoleón quería obtener hasta el 20 de agosto, á fin de llegar el 26 con los seis días acordados para la denuncia del armisticio. Mr. de Metternich disputaba sobre un término tan largo, no en su nombre, sino en el de aquellos de quienes debía procurar el asentimiento, y repetía que, si de buena fe se obraba, todo se podría terminar en un día. Napoleón contestaba que á lo menos le hacían falta cuarenta para enterarse de las miras de sus adversarios y dar á conocer las suyas. «Por lo que á mí hace, añadió, podéis estar seguros de que hasta el día cuadragésimo no os diré mis verdaderas intenciones.—Entonces, repuso Mr. de Metternich, los treinta y nueve días que preceden al cuadragésimo son ociosos.» Habiendo tomado la conversación este giro agradable, se tocaba evidentemente á un acuerdo, y después del debate, Mr. de Metternich pareció dispuesto á prorrogar el armisticio hasta el 10 de agosto, con seis días para prevenirse de la vuelta á las hostilidades, lo cual debía llegar al 16 é implicaba una prórroga de veinte días, esto es, del 26 de julio al 16 de agosto. — Fingiéndose entonces Napoleón hallar del 5 de julio al 16 de agosto los cuarenta días que necesitaba para las negociaciones, y juzgando bueno en el fondo, aunque desease más plazo, ganar este tiempo siquiera para la conclusión de sus preparativos, declaró que aceptaba la proposición del ministro de Austria. De consiguiente añadióse otro artículo, por el cual se dijo que, en vista del poco tiempo que para negociar quedaba, según los términos del armisticio firmado en Pleiswitz, el emperador Napoleón se comprometía á no denunciarlo hasta el 10 de agosto (lo cual equivalía á ganar hasta el 16 del propio mes con los seis días requeridos para el aviso



previo), y que el emperador de Austria se encargaría de obtener el mismo compromiso del rey de Prusia y del emperador de Rusia. Napoleón quiso que se firmara al instante, y acto continuo despidió á Mr. de Metternich colmado de toda clase de halagos. Así mudado el león en sirena, supo arrancar al hábil ministro austriaco la única cosa que deseaba de veras, la prórroga del armisticio.

No queriendo la paz bajo las condiciones propuestas, no queriendo más que el tiempo necesario para imponerla á su gusto, veinte días eran para él una conquista de inestimable precio. No constituía sacrificio alguno por su parte el que al parecer había hecho de las cuestiones de forma, simplificando tanto el texto del convenio, pues acerca del punto importante de si se abocarían en una conferencia común todas las potencias contratantes, ó tratarían por conducto del mediador tan sólo, había dejado que la dificultad subsistiese, no diciendo nada del texto; y le satisfacía reservarlo, pues así le quedaba con qué ocupar los primeros días del congreso, y con qué perder el tiempo en que se había encerrado, sin necesidad de explicarse acerca del fondo de las cosas. A Mr. de Metternich, ardientemente deseoso de que la negociación se llevara á cabo, le tocaba sentir que esta dificultad no se hubiese zanjado al golpe, y que se atravesara como un enorme obstáculo en el camino de las negociaciones. Por tanto, con algunos instantes de dulzura había reparado Napoleón hasta cierto punto el mal causado con los imprudentes transportes de su ira, y alcanzado cuanto anhelaba. ¡Feliz este singular genio, feliz la Francia, si hubiera podido emplear esta flexibilidad maravillosa en sacarla del mal paso donde la había metido!

Ahora la habilidad de parte del Austria, tan apasionada por el éxito de la mediación, consintiera en no dejar á Napoleón un solo pretexto de perder tiempo, y por tanto en responderle sin demora que el convenio constitutivo de la mediación quedaba aceptado, que lo estaba igualmente la prórroga del armisticio, y que, según se había estipulado, se reunirían los negociadores exactamente el 5 de julio. No fué así por desgracia. Partido Mr. de Metternich de Dresde el 30 de junio, día mismo de la firma del convenio, y llegado á Gitschín el 1.º de julio, produjo una grande alegría á su soberano al anunciarle que la mediación estaba aceptada, lo cual hacía pasar al Austria de la situación embarazosa de aliada de Francia á la situación independiente y fuerte de árbitra suya, y le proporcionaba un lustre de que necesitaba á los ojos del público austriaco. No costó, pues, trabajo á Mr. de Metternich obtener del emperador Francisco la ratificación inmediata del convenio. Pero ya fuese que no penetrara las intenciones dilatorias de Napoleón, ya que le dominaran dificultades materiales del todo, Mr. de Metternich mismo suministró pretextos á pérdidas de tiempo, solicitando que se difiriera del 5 al 8 de julio la reunión de los plenipotenciarios. Después de pedir esta moratoria, que no debía encontrar obstáculo por nuestra parte, según lo que de los proyectos de Napoleón se ha visto, dirigióse Mr. de Metternich á los soberanos reunidos en Reichenbach para anunciarles la aceptación de la mediación, para hacerles asentar á la prórroga del armisticio, y lograr e pronto envió de sus plenipotenciarios á Praga.

No habían comprendido los coligados de Reichenbach toda la trascendencia del armisticio de Pleiswitz al firmarle. De pronto no vieron más que la ventaja de substraerse á las consecuencias inmediatas de la batalla de Bautzen, sin ocurrirles pensar en que á Napoleón se proporcionaba ganancia de tiempo. Ahora, ya fuera del peligro y después de recoger el principal fruto del armisticio, al ver los armamentos de Napoleón desarrollarse de día en día, bien que también se desarrollaran los de ellos, casi sentían la suspensión de armas, á pesar de haberles salvado, y no estaban inclinados á prolongar su duración de ningún modo. Mediaba además una circunstancia que les disponía peor relativamente á la prórroga consentida por Mr. de Metternich, y era la de que para vivir tenían la parte menos fértil de la Silesia, mientras Napoleón se hallaba en la más abundante, y tenían carecer en breve de medios de subsistencia. Por otro lado, á los ojos de los alemanes, y especialmente á los de los prusianos, todo aplazamiento de las hostilidades parecía un paso dado en la política pacífica del Austria, y una especie de traición. Así costó no poco arrancarles su consentimiento, y fué lo bastante para producir una nueva pérdida de tiempo. Con todo, los dos soberanos aliados nada podían negar al Austria, y tan luego como ésta quisiera una cosa, por necesidad tenían que concederla. Ahora bien, ya comprometida el Austria con Napoleón á prolongar la suspensión de armas, no se le podía hacer el ultraje de declarar imprudente y nulo su compromiso. De manera que fué ratificado, aunque pidiendo, en vista de las circunstancias y del tiempo ya transcurrido, una nueva moratoria del 8 al 12 de julio para la reunión de los plenipotenciarios en Praga, y prometiendo de seguro que serían puntuales á la cita. Mr. de Metternich participó á Mr. de Basano estas últimas determinaciones, pero al efectuarlo se expresó en punto al armisticio como de una cosa que se caía de su peso, y no comunicó su aceptación oficial por los soberanos de Prusia y Rusia.

Nada cuadraba mejor á Napoleón que las dilaciones que no promovía, é hizo responder como si se resignara á ellas, en vez de sentir alborozo. Desde que la corte de Austria pasó de Viena á los alrededores de Praga, había llamado á Mr. de Narbonne á Dresde, y después de retenerle algunos días, le despachó de nuevo á fin de que continuara su papel de embajador en Praga lo mismo que en Viena. Napoleón encargóle que manifestara dolerse de este último retardo, y se quejara al mismo tiempo del descuido que se ponía al parecer en comunicar oficialmente el consentimiento otorgado á la prórroga del armisticio, como si este consentimiento pudiera ser dudoso. Además le autorizó para declarar que, cuando fueran conocidos los negociadores prusiano y ruso y hubieran marchado á su destino, Francia designaría y haría marchar á sus negociadores, y para insinuar que serían MM. de Caulaincourt y de Narbonne probablemente.

Mientras enviaba estas respuestas se proponía Napoleón sacar de las imprudentes dilaciones, á las cuales se había prestado Austria, otras dilaciones que se enlazaran hábilmente á aquellas de que él no había sido causa. De muy atrás tenía proyectadas ciertas excursiones á los lugares que iban á ser teatro de la guerra, según su costumbre, y si le dejaba espacio, quería re-

correr las márgenes del Elba desde Koenigstein hasta Hamburgo, y aun ir á pasar algunos días en Maguncia con la emperatriz, impaciente por verle, y á la cual deseaba dar públicos testimonios de afecto. Mostrándose tierno y solícito por María Luisa, aumentaba para el emperador Francisco la dificultad de olvidar los vínculos de paternidad que le unían á Francia. Resolvió empezar por lo más útil de sus excursiones, por lo que le debía proporcionar la vista de los puntos importantes de Torgau, de Wittemberg y de Magdeburgo.

Ya era el 8 de julio. Napoleón, que no abrigaba dudas sobre la reunión de los plenipotenciarios prusiano y ruso en Praga el día 12 lo más tarde, hubiera podido nombrar los suyos, redactar sus instrucciones y hacerles partir ó tenerlos prontos á que á la primera señal lo hiciesen. También fuera necesario diferir algunos días sus excursiones y debiera efectuarlo, porque á la sazón ningún interés igualaba al de la pronta reunión del congreso, y además por el retardo de una semana no fueran menos provechosas las inspecciones locales y las revistas de tropas á que se pensaba dedicarse. Al revés, teniendo paciencia un día solo, recibiera de Praga las comunicaciones que se lamentaba de no haber recibido, conociera los nombres de los plenipotenciarios designados, la época exacta de su reunión, y la aceptación formal del nuevo término fijado al armisticio. Pero le convenía mejor aparecer obligado á ausentarse sin demora, porque entonces no se veía en la necesidad de responder hasta su vuelta, y los cuatro ó cinco días que iba á ganar de este modo podían considerarse como una consecuencia del tiempo que se había perdido desde el 5 al 12 de julio. Así declaró de súbito que, habiendo diferido su partida hasta el 9 sin recibir nada de Praga, se veía obligado por los negocios urgentes de su ejército á salir el 10 de Dresde. Al mismo tiempo, de miedo de proporcionar á sus enemigos la manera de que le capturara una tropa de cosacos, á pesar del armisticio, no dijo adonde iba, seguro de que, cuando se supiera que se hallaba en una parte, ya estaría en otra. Tampoco dijo cuánto duraría su ausencia, dando á entender que sería de tres días á lo sumo, y que por consiguiente no se harían esperar mucho las respuestas que su partida aplazaba inevitablemente. Habiendo así perdido la diplomacia austriaca por causas superiores á su voluntad ocho días, aún iba á perder cuatro ó cinco más á sabiendas, lo cual debía dilatar la reunión de los plenipotenciarios, fijada primero para el día 5, y luego para el 12, á otro día indeterminado.

Napoleón partió el 10 por la mañana en dirección de Torgau á toda prisa, no alegando un vano pretexto al decir que se ausentaba para negocios importantes, y engañando sólo en punto á la urgencia de estos negocios.

En el mismo instante de salir de Dresde le llegaban las noticias de los últimos sucesos de España, que á pesar de ser previstos según lo ya pasado, no debían causar menos agradable sorpresa á nuestros enemigos, sorpresa harto dolorosa para nosotros y muy funesta para el conjunto de las cosas. Hay que dar á conocer estos sucesos, que por sus consecuencias políticas se enlazan necesariamente á aquellos de que Alemania era teatro.

Después de la reunión de los ejércitos del centro, de Portugal y de Andalucía, aún presentaba la situación

de los franceses en la Península ciertas eventualidades favorables. Manteniéndose el mariscal Suchet con su cuerpo de tropas el más avanzado en Valencia, y con otros dos cuerpos en Aragón y en Cataluña, era dueño de la parte de España más esencial para nosotros, y tenía en su poder todas las plazas fuertes. Se hallaba el rey José en Madrid con el ejército del centro, teniendo delante, desparramado á orillas del Tajo desde Tarancon á Almaraz, al ejército de Andalucía, y detrás y sobre su derecha al ejército de Portugal entre el Tormes y el Duero. Nada tenía que temer en posición semejante si, persistiendo en conservar siempre juntas estas fuerzas recién reunidas, se mostraba pronto á caer sobre los ingleses en masa á la primera aparición de sus tropas. En enero de 1813 ascendían estos tres ejércitos á ochenta y seis mil hombres, comprendiendo el resto de lo mejor que Francia había enviado á España. Libre de las resistencias del mariscal Soult, á quien Napoleón había llevado consigo á Alemania, desembarazado también de las obstinaciones del general Caffarelli, se podía prometer una ejecución más puntual de las órdenes que expidiera. Por consecuencia de estas mudanzas, el general Clausel mandaba el ejército del Norte, el general Reille el de Portugal, el conde de Erlón el del centro, el general Gazán el de Andalucía. Sin el tremendo efecto producido por los acontecimientos de Rusia, la situación de José no fuera mala. Pero estos sucesos habían excitado los ánimos singularmente, y despertado en los españoles la esperanza de verse libres de nuestro dominio muy pronto.

Siempre gobernaban las cortes de Cádiz de un modo confuso, bien que con ardiente patriotismo, los asuntos de la insurrección española, y lord Wellington con mucho concierto y energía los de la insurrección portuguesa. Según hemos referido en otra parte, ya habían terminado su constitución las cortes, y copiando exactamente la que se había dado en Francia en 1791, adoptaron una sola cámara y un rey provisto no más que con el veto suspensivo. Ínterin lograban que este rey se les restituyese, pretendían representar la soberanía toda, se arrogaron el título de majestad y otorgaron el de alteza á una regencia electiva, compuesta de cinco individuos, é investidos en ausencia de Fernando VII con el poder ejecutivo. Además de los franceses y de los escasos parciales de José tenían las cortes en su contra á todos los amigos del antiguo régimen que habían abolido, y se hallaban en perenne conflicto con la regencia, sospechosa á sus ojos por formarla altos personajes del clero y de la milicia. Esto explica cómo, después de abandonar los franceses á Sevilla y toda Andalucía, prefirieron las cortes permanecer en el seno de Cádiz, más confiadas en el pueblo de esta ciudad que en otro alguno. A no ser por las desventuras de Rusia y por la derrota de Salamanca, menos contrariado José y más provisto de fondos pudiera sacar á fuerza de tiempo gran partido de las divisiones de los españoles.

Una cuestión las había acrecentado mucho por entonces, y era la del mando de las tropas. Los triunfos de lord Wellington, y sobre todo, las cualidades acreditadas por el ejército portugués á sus órdenes, sugirieron á algunos miembros de las cortes la idea de ofrecerle el mando en jefe de las tropas españolas. Al pronto el espíritu independiente y celoso de la nación



opuso obstáculos á este proyecto, pero la esperanza de ver en breve al ejército español igualar y aún superar al ejército portugués, y en particular la victoria de Salamanca, hicieron enmudecer todas las repugnancias, y se nombró á lord Wellington generalísimo. Este ilustre personaje puso á su aceptación dos condiciones: primera, que impetraría el asentimiento de su gobierno; segunda, que respecto de la organización y los movimientos del ejército español ejercería una autoridad absoluta. Habiendo naturalmente consentido el gabinete británico en que admitiera la autoridad que se le ofrecía, se trasladó á Cádiz durante el invierno para entenderse con la regencia sobre todas las cuestiones que suscitaba el futuro mando. Recibido con grandes honores, si bien atacado al tiempo mismo por los periódicos, órganos de los celos nacionales, sintió más de una vez haberse expuesto á semejantes tratamientos, y aun rehusara el generalato, á no temer que su negativa causara á la insurrección un golpe funesto. Sin embargo, concediósele casi toda la autoridad que deseaba, pero temía no sacar gran partido de los españoles por falta de dinero y de buenos oficiales. Se le prometían fondos, sin medio de suministrarlos, y en cuanto á oficiales vanamente quisiera suplir los que faltaban con oficiales ingleses. Nunca el ejército español, á pesar del ejemplo del portugués, aguantara que se le diesen oficiales extranjeros para guiarle. Por demás partió más aplaudido que atacado, y resolvió dedicarse casi exclusivamente al ejército español en Galicia, que debía servir á sus órdenes inmediatas.

Vuelto á la Fresneda en la frontera del Norte de Portugal, empleó todo el invierno en preparar la próxima campaña. Su proyecto consistía en tener alrededor de cuarenta y cinco mil ingleses superiormente organizados, veinticinco mil portugueses y cerca de treinta mil españoles instruidos y equipados lo menos mal posible, y avanzar de este modo hacia el Norte de la Península con unos cien mil hombres, á fin de cortar junto á la raíz del árbol el poderío de los franceses en España. Con todo, después que la concentración en Madrid de los ejércitos de Andalucía, de Portugal y del centro, reunió allí una fuerza de ochenta á noventa mil franceses, iguales por lo menos á los ingleses y muy superiores á los portugueses y á los españoles, le parecía su empresa muy aventurada, no quería acometerla sino con circunspección suma, y á condición de que los insurgentes de Cataluña y de Murcia, sostenidos por el ejército anglo-siciliano, harían en su favor una fuerte diversión sobre Valencia, y de que las escuadras inglesas, apoyadoras de las bandas de Asturias y de los Pirineos, dieran de continuo qué hacer á nuestro ejército del Norte. Consultado sobre el proyecto de una invasión al Mediodía de Francia, mientras se combatía con Napoleón en Sajonia, respondió que el primer cuidado de los ingleses debía consistir en forzar á los franceses á que repasaran los Pirineos, y en no entrar en Francia sino detrás de los enemigos; pero distaba mucho de prometer este resultado á la vista de ochenta y seis mil hombres reunidos á las órdenes de José en torno de la capital española.

Estas ideas del general en jefe británico, fáciles de adivinar, aun sin el auxilio de ningún informe, indican de sobra cuál debía ser el plan de los franceses para

que fuera esta campaña más feliz que las anteriores, consistiendo en permanecer juntos, y después en elegir bien la posición donde hubieran de establecerse. Por desgracia la elección de sus posiciones delante y detrás de Madrid estaba hartamente mal entendida. Con efecto, cuando hubiera que replegarse para hacer cara á los anglo-portugueses en Castilla la Vieja, entre Salamanca y Valladolid, era de temer que no se llegara á tiempo, y sobre todo que fuera necesario, para custodiar á Madrid, privarse de fuerzas que se echaran muy de menos en un día de batalla. Mejor fuera evacuar á Madrid por consiguiente, trasladarse á Valladolid, no conservar allí, en punto de material, sino lo más indispensable, enviar enfermos, heridos, víveres y municiones á Vitoria, y estar concentrados de este modo y aliviados al par de todo peso inútil en la nueva capital que se hubiese adoptado. Tal era el dictamen del mariscal Jourdan; pero aun cuando de gran cordura, sus consejos eran dados sin energía, y se necesitara mucha para vencer la repugnancia de José á evacuar la capital española. Desde que vió huir á Wellington delante de sus tropas, y pudo volver á entrar en Madrid victorioso, ya se creyó otra vez rey de España, y aun no abrigaba duda sobre su establecimiento definitivo en este país á no ser por los sucesos de Rusia. Proponerle que evacuara á Madrid en tal coyuntura, equivalía á decirle que se transformara otra vez en monarca errante, y restituyera á los españoles todas las esperanzas perdidas, y arrastrara de nuevo por los caminos á una muchedumbre de infelices adheridos á su suerte, y se privara de lo más saneado de sus rentas, consistente en los derechos de puertas de Madrid y en el producto de dos ó tres provincias comarcanas. Con todo, José tenía tan claro talento que no rechazó absolutamente la idea de abandonar á Madrid, cuando el mariscal Jourdan le habló de ella, y que, si insistiera más éste, se pudiera evacuar á Madrid por enero, emplear los meses de febrero y marzo en reprimir á las bandas del Norte, y volver por abril para estar juntos contra el duque de Wellington en mayo, tomando un mes entero para dar descanso á las tropas y prepararlas á la campaña decisiva de 1813. Estas ideas, perfectamente concebidas por el mariscal Jourdan, quedaron de consiguiente en proyecto hasta que de París se recibieron despachos de Napoleón, que contenían instrucciones muy puntuales relativamente á esta campaña.

Ya hemos expuesto las ideas de Napoleón respecto de España para la campaña de 1813. Desazonado de una empresa que había dividido deplorablemente sus fuerzas, de buena gana renunciara á ella de ser posible, pero habiendo atraído á la Península á los ingleses, ya no estaba en su arbitrio desembarazarse de ellos. Por ejemplo, abriendo las puertas de Valencey á Fernando VII, tendría á los ingleses en Tolosa ó Burdeos, en lugar de tenerlos en Burgos ó en Valladolid. De consiguiente había que seguir peleando á este lado de los Pirineos, por no verse obligado á pelear al otro. Pero, según se ha visto, redujo lo más posible Napoleón esta tarea para 1813, pues lejos de enviar socorros á España, de ella sacó los cuadros y muchos hombres escogidos, manteniéndose no obstante en proporción de conservar á Castilla la Vieja, las provincias Vascongadas, Aragón y Cataluña.

Su proyecto secreto consistía en tratar con Inglaterra, restituyendo la España á Fernando VII con excepción de las provincias del Ebro, é indemnizándole con Portugal, que podía muy bien abandonar la casa de Braganza después de hallar en el Brasil tan excelente asilo. Esto explica la causa de haber consentido Napoleón en admitir por vez primera en un congreso á los representantes de la insurrección española.

A tenor de estas ideas había trazado Napoleón sus instrucciones, aunque de un modo hartamente general siempre, absorbido como se hallaba por los preparativos de la guerra de Sajonia. Despechado de que un correo gastara á veces en ir de París á Madrid treinta ó cuarenta días, con el empeño especial de someter las provincias del Ebro, que tenía proyecto de agregar á Francia, prescribió restablecer las comunicaciones á toda costa, repitiendo con su fogosidad ordinaria, cuando le ocupaba un pensamiento, que era escandaloso y desdorante que á las puertas de Francia se estuviera más en peligro que en el seno de Castilla ó la Mancha, y que no se pudiera ir de Bayona á Burgos sin ser desbalijado ó pasado á cuchillo. De consiguiente dispuso que se empleara el invierno en reducir á Mina, á Longa, á Porlier y á todos los caudillos de las bandas que infestaban á Navarra, Guipúzcoa, Álava y Vizcaya. Para lograrlo más de seguro, quiso que se evacuara Madrid, no interesándole ya desde que pensaba restituir á Fernando VII la corona; que el rey José trasladara á Valladolid su corte: que llevara por tanto la masa de tropas francesas á Castilla la Vieja; que aproximara el ejército de Portugal á Burgos, y que prestase gran parte de sus soldados al general Clausel para destruir las bandas; que trasladase el ejército de Andalucía de Talavera á Salamanca, el del centro de Madrid á Segovia, dejando á lo sumo en esta capital un destacamento, á fin de que no apareciera definitivamente abandonada. Por última disposición previno que se diera al ejército de Andalucía una actitud ofensiva, para persuadir á los ingleses de que acerca de Portugal se conservaban todavía proyectos. De este modo, trasladando de Madrid á Valladolid la residencia del gobierno y no teniendo más que un ejército en lugar de tres, esperaba Napoleón avasallar con la cola de este ejército á las bandas españolas que destruían el Norte, amenazar á Portugal con la cabeza, y de este modo fijar allí á los ingleses desviándoles de todo designio contra el Mediodía de Francia. Desgraciadamente en este plan había muchas ilusiones. Ante todo era muy poco probable que pensáramos seriamente en Lisboa, cuando estábamos obligados á evacuar á Madrid, y lord Wellington había acreditado hartamente buen seso para que fuera posible lisonjearse de inducirle á tales errores. Además no era necesario inspirarle zozobras respecto de Portugal para retenerle en la Península: bastaba con batirle en Castilla, ora en Salamanca, ó en Valladolid, ó en Burgos, ó en cualquiera parte, para clavarle de nuevo detrás de las líneas de Torres-Vedras. Pero este grande objeto se comprometía evidentemente, prestando al general Clausel el ejército de Portugal con la esperanza de someter las bandas del Norte de España. Éstas eran para muy largo tiempo indomables, y fundadamente las representaba José como una Vendée, sobre la cual influirían más que los medios físicos los morales. De consiguiente se resentía de muy

dudoso que con veinte mil hombres más se pusiera al general Clausel en aptitud de vencer á las bandas del Norte, y se presentaba muy seguro que veinte mil hombres menos colocarían á José en la imposibilidad de ganar una batalla sobre los ingleses. Pero del todo ocupado en rehacer el poderío militar de Francia, trabajando para ello día y noche, continuando en no leer la correspondencia de España, mandando desde muy lejos y sin una atención bastante sostenida, creyó Napoleón que un destacamento de veinte mil hombres concedido al general Clausel le permitiría acabar con los guerrilleros durante el invierno, y que, llegada la primavera, se podrían trasladar á tiempo y todos juntos al encuentro de los ingleses.

Transmitidas las instrucciones de Napoleón por el ministro de la Guerra desde el mes de enero y reiteradas al siguiente, no llegaron por primera vez hasta mediados de febrero, ni por segunda hasta principios de marzo, es decir, alrededor de treinta días después de su partida. Ya esto era empezar con una pérdida de tiempo muy infausta, nacida de las circunstancias mismas que afectaban á Napoleón tan vivamente, esto es, de la ocupación de todos los caminos por las guerrillas. Según acaba de ser expuesto, mucho costaba á José abandonar á Madrid, pues iban á padecer igualmente su autoridad sobre los españoles, sus rentas y las familias de los afrancesados. Pero ya su razón y el mariscal Jourdan le habían puesto en claro que era forzoso resolverse á este sacrificio. Sólo sirvieron, pues, las órdenes de Napoleón para determinarle definitivamente á ponerlo por obra. Sin duda fuera mejor efectuarlo más pronto, pues las tropas que se iban á prestar al general Clausel estarían antes de vuelta; pero aunque se sentía José inclinado á esta resolución por el sano juicio, no pudo adoptarla sino en el postrer apuro. Por tanto ordenó la traslación de su corte y de su gobierno á Valladolid, dejando en Madrid una división sola. Tan grande era la masa de nueve mil heridos y enfermos que debía llevar consigo, del material que necesitaba poner á buen recaudo, y de familias de empleados que habían de acompañarle, que duró cerca de un mes la evacuación de la capital española. Antes de principios de abril no se pudo llevar el nuevo establecimiento á remate. De este modo fueron distribuidas las tropas. Se trasladó al ejército de Portugal desde Salamanca hasta Burgos. Reducido estaba de ocho á seis divisiones por virtud del envío de los cuadros inútiles y del derrame del efectivo en menos regimientos, ganando en organización lo que en fuerza numérica había perdido. Tres de estas divisiones fueron enviadas al general Clausel para ayudarle á sujetar á las bandas; una fué retenida en Burgos; dos se escalonaron delante de Palencia, prontas á sostener á la caballería á orillas del Esla, y observando al ejército español de Galicia. Trasladado el ejército francés de Andalucía del valle del Tajo al del Duero, y enlazándose al de Portugal hacia la derecha, ocupó el Duero y el Tormes para estar en guardia contra el ejército anglo-portugués acampado en la Beira. Se hallaba distribuido en Ávila, Salamanca, Toro y Zamora. Una de sus divisiones, la del general Leval, quedó en Madrid para continuar su ocupación aparente y percibir los productos. Por último, una de las dos divisiones del ejército del centro fué establecida en Valladolid mismo, y otra en Segovia, á fin de apoyar á